



DÉCADA QUINTA

A Adriano VI, Pontífice Máximo.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Dedicatoria.— 2. Motezuma.— 3. Pasa Cortés á Cempoal.— 4. Victorias increíbles.

LA Década cuarta de las cosas de las Indias la dediqué, Santísimo Padre y clementísimo Príncipe, á León X, Pontífice Máximo y munificentísimo primo hermano vuestro.

En ella hablé, con la mayor fidelidad é integridad que pude, de los hombres y de las islas y tierras desconocidas que se han descubrier-

to en el océano desde el año de mil quinientos veinte del parto de la Virgen. Pero después se han recibido cartas de Hernán Cortés, Prefecto de la armada del César, escritas desde aquellas tierras que trataba de someter al poder de España, en las cuales cartas se contienen cosas nuevas é inauditas, y sobremanera admirables. Todo eso he explicado en esta quinta Década de mis comentarios con la mayor brevedad y veracidad posibles, guardando el orden de los acontecimientos y de los tiempos. La había dedicado á Adriano, Pontífice Máximo, vuestro predecesor; pero, habiendo muerto antes de recibirla, Vos, heredero de su dignidad, sedlo también de mis trabajos, y lo seréis de aquí en adelante de todo, si algo escribo que sea digno de recordarse. Así, pues, á Vuestra clementísima autoridad expresamente la dedico, para que, bajo vuestros felicísimos auspicios, vea la luz pública, y todos los hombres conozcan qué aumento tan grande

ha tenido, rigiendo Vos los destinos de la fe católica, el nombre cristiano, el cual Dios Optimo Máximo, como lo espero y pido, hará por su piedad y clemencia que se propague más y más. Ea, pues, continuad la obra comenzada; dad paz duradera á los Príncipes cristianos, principalmente al César y á los Reyes cristianísimos disidentes; enarbolad el lábaro de la salvadora Cruz contra los impíos, y para eterna memoria de Vuestro nombre y de Vuestra fama, dejad á las edades venideras monumentos que nunca los siglos puedan borrar.

2. Al fin del libro anterior, para volver ya á nuestro asunto, se hizo mención del potentísimo rey Motezuma, el cual, desde una populosísima ciudad llamada Tenustita, situada en medio de un lago salado, reinaba sobre muchísimas ciudades y régulos de provincias en vastísimo territorio, el cual envió grandes y magníficos regalos á nuestro César Carlos cuando se hallaba en la celebérrima ciudad de

Valladolid en España, por medio de Montejo y Portocarrero, varones españoles.

3. Cortés, entretanto, mientras esperaba la vuelta de sus enviados al César, á fin de que sus soldados no se enervasen por el ocio decidió proseguir la comenzada expedición. Pacificada, pues, aquella gran ciudad, que he dicho en el libro subsiguiente á las Décadas ¹ estaba bajo el régulo Tavasco, y se llama Potenchian, y después Victoria, por la que consiguieron allí los nuestros contra un número inmenso de bárbaros, se dirigió Cortés al Occidente hasta ochenta leguas, y puso allí en el litoral una colonia á (*algunas*) leguas de otra ciudad llamada Cempoal, en las cercanías del río Grijalba, y media legua de un pueblecillo que había en un cerrete llamado Chianistan, y á esta colonia la llamó *Vera Cruz*, porque tomó allí tierra el día de la fiesta de la Cruz de Mayo. Después decidió Cortés ver por sí mismo lo

¹ Es la Década IV, que había publicado aparte.

que había oído de un rey tan grande como decían era Motezuma, y de aquella tan vasta ciudad.

Habiendo conocido los cempoalenses vecinos de Motezuma, rendidos por la fuerza y enemigos suyos, los pensamientos de Cortés, habido consejo se le presentaron. Así como los eduos y secuanos, después de vencidos los suizos, fueron suplicantes y llorosos á César, quejándose de la soberbia tiranía de Ariovisto, rey de los germanos, del mismo modo los cempoalenses se quejaron á Cortés de Motezuma, y mucho más porque, aparte de los graves tributos de las otras rentas provinciales que todos los años pagaban, se veían obligados á dar como tributo á Motezuma parte de sus esclavos, y en defecto de ellos sus propios hijos, para ser sacrificados á sus dioses. Pues he dicho ya, y esto es muy sabido de Vuestra Santidad, que en todas estas tierras se hacen sacrificios humanos, de lo cual abajo hablaré más largamente.

Prometieron, pues, los cempoalenses á Cortés darle rehenes en prueba de fidelidad, y soldados auxiliares valerosos en la guerra contra el tirano, porque esperan que, con la ayuda del Dios criador del cielo y de la tierra, que los nuestros les habían predicado, y habiendo hecho pedazos impunemente los simulacros de sus antepasados, que ellos antes adoraban, habían de alcanzar que la ciudad y toda la provincia, por otra parte felicísimas, se vieran libres de una tiranía tan cruel si Cortés quería compadecerse de su tan grande desdicha y poner remedio á tan atroces injurias. Dijeron también que no dudaban alcanzar victoria, porque creían que Cortés y los que le acompañaban eran enviados del cielo, siendo, como eran, muy humanos con los vencidos y tan vencedores de los que no querían su amistad, y que, siendo tan pocos en número, se atrevieron á esperar tal muchedumbre de guerreros, como fué la de los potenchianen-

ses ; pues como Vuestra Santidad lo ha oído repetidas veces de los mismos que en ello estuvieron , y lo ha leído en las cartas de los jefes principales , los nuestros derrotaron en aquella batalla á cuarenta mil armados con solos quinientos infantes , dieciséis caballos y algunos cañones.

4. Hay que hablar aquí de una clase de hombres que son de ánimo tan menguado , que lo que ellos conocen no pueden hacer lo juzgan fábulas. Esos fruncirán el ceño al saber que un número tan pequeño de soldados han derrotado á tantos miles de enemigos ; pero dos cosas deberán pararlos : un ejemplo y una novedad.

¿Acaso no han leído que César , con tropas menos numerosas , batió á las numerosísimas de los suizos primero , después las de Ariovisto , y finalmente las de los belgas ? ¿Acaso á Jerjes , rey de los persas , que invadió la Grecia con tanta multitud que , acampando su ejército y poniéndose á comer , llegó á dejar se-

co el arroyo bebiéndose sus aguas, no le acabó del todo Temístocles en la batalla de Salamina con un ejército que no pasaba de doce mil griegos, hasta el punto de que apenas pudo salvarse el mismo general huyendo en una nave?

Tenían además los nuestros dos maneras de pelear jamás vistas ni oídas por aquellos bárbaros, y cuya sola vista les obligó á volver la espalda; eran á saber: el estruendo y el vomitar llamas los cañones con el olor de azufre, que ellos creían truenos y rayos traídos del cielo por los nuestros; y no les atemorizaba menos el acometer de los caballos, pues creían que era un solo animal el hombre y el caballo en que iba, como lo cuenta la fábula de los centauros. No siempre, sin embargo, vencieron los nuestros, que muchas veces les fué también adversa la fortuna, y alguna vez los bárbaros, no queriendo tener huéspedes, llegaron á exterminar escuadrones enteros de los nuestros.



CAPITULO II

SUMARIO : 1. Cortés sumerge las naves , y por qué. —
2. Prosigue hacia lo interior de Méjico. —3. Garay en
la Florida.—4. Cortés funda á Almería.

PERO volvamos ya al camino que hemos dejado. Habiendo los cempoalenses hecho su discurso é interpretádolo Jerónimo Aguilar, que, arrastrado por una tempestad, había vivido como esclavo por espacio de siete años en poder de un cacique, y de quien se ha hecho larga mención en el libro subsiguiente á las Décadas, Cortés salió de Veracruz dejando allí ciento cincuenta hombres para defensa de la colonia, y llevándose solos quince caballos, trescientos de

á pie y cuatrocientos auxiliares cempoalenses.

Pero antes hizo sumergir todas las naves en que había transportado su ejército, bajo el pretexto de que estaban podridas. Declara él mismo que la verdadera causa de esto fué quitar á sus soldados toda esperanza de fuga, porque había decidido establecerse en aquellas tierras y procurarse allí perpetua morada; pero parte de los soldados sentían de otro modo, pues temían, por el ejemplo de muchos compañeros suyos que habían sido muertos por los bárbaros en muchas ocasiones, no les sucediera á ellos lo mismo cuando, siendo pocos, tenían que ir contra infinito número de hombres guerreros y armados. Además, la mayor parte eran familiares y amigos de Santiago Velázquez, vicegobernador de la isla Fernandina, que es Cuba, y deseaban volver al mando de su antiguo señor una vez exploradas aquellas tierras. La mayor parte de éstos, al tiempo que Cortés enviaba la

nave con los presentes al César sin contar con Santiago Velázquez, intentaron marcharse con un bergantín para darle aviso á éste de la partida de aquella nave, á fin de que, vigilando las travesías de mar y de tierra, la apresara. Cortés prendió á cuatro de ellos, y los castigó como reos de lesa majestad. Sus nombres son : Juan Escudero, Santiago Zermelo y Gonzalo Umbría, todos ellos pilotos, y Alfonso Peinado.

2. Sumergidas, pues, las naves, y atemorizados los demás con el escarmiento de estos cuatro para no pensar en marcharse, el día dieciséis de Agosto del año mil quinientos veinte se puso en marcha hacia aquella gran ciudad de la laguna, Tenustitan, distante del fuerte de Veracruz unas cien leguas hacia el Occidente. Los cempoalenses le dieron por guía tres de entre los principales de aquella ciudad, cuyos nombres son : Teuchio, Mamixo y Tamayo. Esta ciudad y su vecina Zacacami le proporcionaron mil

trescientos hombres, que les servían á los nuestros para transportar sus bagajes á modo de acémilas, según es costumbre en aquellas tierras.

3. Ahora se deben contar las cosas que á Cortés le sucedieron en aquel viaje, no vayan á quedar olvidadas. Yendo de camino, le dijeron que una flotilla desconocida vagaba por aquellas costa, y entendió que sería Francisco Garay, vicegobernador de la isla de Jamaica, que buscaba también sitio para fundar una nueva colonia. Cortés le despachó mensajeros brindándole hospedaje en su colonia de Veracruz, y cualquier cosa que le hiciera falta: si lo hizo ó no por artería, algún día lo sabremos. Garay lo rehusó; y no sólo esto, sino que por ante escribano real y testigos le requirió á que le diese á él la mitad de todas aquellas tierras, y que señalara los límites divisorios de la jurisdicción. Se negó Cortés á lo que se le pedía, mandó cambiar de ropa al escribano y á los testigos enviados por Garay, y quitándoles sus an-

tiguos vestidos, les dió otros nuevos.

Garay no insistió más. Se marchó y fué á explorar otras tierras, aunque de la mismas costas; pues desde la Jamaica, cuyo gobierno se le había confiado, había hecho el año anterior largas excursiones marítimas con tres carabelas por aquellas tierras, que Juan Pontes, del que se ha hablado largamente en la Década primera, llamó la Florida y pensaba que era una isla. Pero las hizo con mal resultado, pues por dos veces fué derrotado por los naturales, muriendo la mayor parte de los suyos.

A Juan Pontes, el primero que descubrió la Florida, le sucedió lo mismo. Roto muchas veces por los naturales, recibió tales heridas que, volviendo á Cuba para curarse él y los suyos, murió de seguida. Pero Garay, explorando aquellas costas después de la muerte de Juan Pontes, dice que él ha averiguado que la Florida no es isla, sino que se halla unida por grandes vueltas á esta tierra tenustitana. Navegan-

do por aquellas costas, llegó Garay á un río que con ancho cauce desembocaba en el océano, y vió desde las naves numerosas villas cubiertas con tejados de paja. Ambas orillas del río están en poder de un cacique llamado Panuco, del cual aquella región toma el nombre de Panuca. Dicen que éste obedece y paga tributo al gran rey Motezuma : no se tuvo libertad de tratar.

Conforme se colige de un indicador de pergamino (*mapa*) que trajeron los dibujantes de Garay, tira á formar arco, de suerte que apartándose de Tenustitana (*Méjico*), se inclina siempre al boreas (*Poniente*) hasta la parte saliente del arco. Después otra vez se inclina igualmente un poco hacia el Mediodía; de suerte que si la línea se prolonga desde la costa tenustitana á aquella parte de la misma región que Juan Pontes descubrió el primero por el lado septentrional de Fernandina, casi formará la cuerda del arco. Garay cree que ese

trecho es poco útil, porque vió señales de haber poco oro, y no puro. Hubiera deseado fundar una colonia, no lejos de la de Cortés, llamada Santa Cruz, pero se lo prohibió éste.

4. En aquel mismo lugar levantó el propio Cortés otra que llamó Almería, de la ciudad marítima del mismo nombre, del reino de Granada, librado pocos años antes por la guerra del poder de los moros.





CAPITULO III

SUMARIO : Prosigue Cortés su marcha hacia Méjico.

A sí terminadas estas cosas, Cortés prosiguió su plan. Después de un camino de cuatro días, desde Cempoal llegó á una provincia llamada Sincuchimallar. Es una planicie con un solo municipio, situado en la ladera de un montecillo muy fortificado natural y artificialmente. No tiene otra subida que dos escalas de mano de muy difícil acceso. Es el asiento y residencia del cacique de aquella pequeña provincia, tributario del rey Motezuma. Es provincia muy productiva, con muchas villas y pue-

blos en la llanura á cada paso. Cada una se compone de trescientas ó cuatrocientas casas, aunque rústicas. La nobleza habita, como en todas partes, donde está el cacique. El cacique recibió en la ciudad á los nuestros con dulzura, y les dió bien de comer. Dijo que así se lo había ordenado Motezuma. Cortés le dijo que se lo diría á Motezuma y le daría las gracias, y que iba á visitarle por mandato de su Rey.

Separándose de aquel cacique, llegó Cortés á un monte altísimo que sirve de límite á aquella pequeña provincia. Dice él y los que vienen de allá que no hay en España unos montes de cumbres tan altas, en cuyo tránsito en el mes de Agosto tuvieron mucho frío por los hielos y las nieves endurecidas. Al descender de este monte llegaron á otro llano, cuya capital es una ciudad llamada Texunaco; es muy productiva, y tiene pueblos y campos. Todos están sujetos á Motezuma.

Salidos de este valle, por espacio de dos días recorrieron con mucho

frío y necesidad unas tierras estériles por falta de agua, y por lo mismo desiertas. A causa de aquella intemperie y de un torbellino inesperado de nubes con relámpagos y truenos, murieron algunos. De aquí subieron á un monte más benigno, en cuya cumbre había un templo dedicado á los ídolos. Ante sus puertas había un montón inmenso de leña. En ciertas épocas del año ofrecen á sus dioses montones de leña con víctimas para ser sacrificadas, pues creen ellos aplacar de ese modo las iras de sus irritados dioses. Los españoles llaman puertos á las aberturas de las cumbres de las montañas, y por esto llamaron á aquel paraje el *Puerto de los leños*.

Bajando de este monte, llegaron á otro valle habitado, y fértil: su cacique se llamaba Cacatamino. La casa del rey es de piedra y muy grande, con muchos cuartos y aposentos á estilo nuestro. Está situado en la amena orilla del río que corre por aquel valle. Recibió con

honor á los nuestros, y preguntándole si estaba sometido á Motezuma, respondió: «¿Y quién no, si Motezuma es el señor del mundo?» Pero, preguntado este cacique qué le parecía de nuestro Rey, confesó que era mayor, pues que el mismo Motezuma se sometió á él. Preguntando los nuestros si tenía oro, manifestó que sí tenía; pero que sin mandato de Motezuma no lo daría á nadie. No se atrevieron los nuestros á obligarle á que se les diese por no alterar de tan lejos á Motezuma.

Se presentaron á Cortés, movidos por la fama de los nuestros, otros dos caciques de las cercanías, trayendo cada uno un collar de oro, aunque de poco peso y de metal no puro. Uno de estos caciques mandaba en el espacio de cuatro leguas río arriba, y el otro á dos leguas río abajo. Dicen que las dos riberas de aquel río están llenas de casas con huertos y pequeños predios intermedios. La casa del régulo que vive río arriba dicen que es

notable por su grandeza, su elegancia y su seguridad, y hasta tiene un castillo que domina el tal palacio, con antemurales y muros con torres, muy bien construído é inexpugnable. Dicen que el pueblo de este régulo, cuyo nombre no me han dicho, tiene cinco mil casas: otros añaden hasta seis mil. Los nuestros fueron tambien muy bién recibidos de este príncipe, que está asimismo subordinado á Motezuma.





CAPÍTULO IV

SUMARIO : 1. Los trascaltecas.—2. Calzada notable.—3. Opuestos consejos de amigos y enemigos de Motezuma.—4. Entra Cortés por tierras trascaltecas.

DESDE la vivienda de este régulo había enviado Cortés cuatro mensajeros á una ciudad vecina por nombre Trascalteca¹, para explorar el ánimo de sus habitantes sobre si les agrada-
ría que fuera allá, porque había oído que los trascaltecas eran muy guerreros y enemigos capitales de Motezuma. Por esta razón permaneció dos días con este cacique, esperando á sus emisarios. Motezuma

¹ El autor dice siempre Tescalteca, así como Mutezumá; pero he adoptado las formas corrientes de esos nombres.

nunca pudo atraerse á los trascaltecas para que recibiesen de él ley ninguna ó le obedeciesen ; antes desde jóvenes tenían odio á Motezuma, hasta el punto de carecer por muchos años de sal y de algodón para fabricarse sus vestidos, por estar rodeados por todas partes de tierra de Motezuma, y no poderse proporcionar de otra parte lo necesario. Dicen que quieren mejor vivir en gran escasez de todo, pero independientes de Motezuma, que estar sometidos á su mando.

En esta ciudad dicen que hay muchos próceres, señores de las villas, de cuyos servicios usa la república trascalteca como de jefes en la guerra. No quieren tener señores, y ¡ay de aquel á quien se le ocurriese el deseo de alzar la cabeza! Le acarrearía al tal una ruina mayor que los suizos á su Orgontorix, que deseaba el mando y aconsejaba otro tanto á los eduos y secuanos. Los trascaltecas son justos y rectos, como más tarde se echó de ver por lo que más abajo diremos.

Esperando, pues, Cortés á sus enviados, y viendo que ninguno de ellos volvía, salió de aquel pueblo; pero pasó ocho días por aquel valle y sus aldeas. Los cempoalenses entretanto tratan de convencer á Cortés de que procure conciliarse la amistad de la república de los trascaltecas, persuadiéndole que podría encontrar en ellos grande ayuda contra el poder de Motezuma si alguna vez intentara hacerle daño. Por esta razón dirigióse hacia Trascalteca.

2. En el camino encontró otro valle, en el cual atravesaba de una á otra falda de altísimo monte un muro de veinte pies de ancho, y alto estado y medio de hombre. En todo él sólo había una puerta de diez pasos de ancha, construída con varias revueltas, á fin de que no les pudiera acometer desprevenidos el enemigo en un átaque repentino. Esta muralla pertenecía á los trascaltecas, construída para que los de Motezuma no pasaran por aquel valle contra su voluntad.

3. Los naturales del valle dejado atrás, que acompañaban á Cortés como guías de los caminos, le exhortaban y amonestaban que no pasara por las tierras de los trascaltecanos, que eran falaces, desleales y enemigos de todos los extraños y de los huéspedes, y que se comen á los enemigos si cogen alguno. Decían que ellos guiarían á Cortes y á sus compañeros siempre por tierras de Motezuma, en las cuales, por mandato de éste, tendrían cuanto desearan. Por el contrario, los jefes de los cempoalenses, Teuchío, Mamixo y Tamayo, y los principales de los zacataminos, que tenían mil guerreros y pensaban la mayor parte del mismo modo, le aconsejaban que de ninguna manera se fiase de los sometidos á Motezuma, que los motezumanos llevarían á los nuestros por sitios llenos de peligros y por pasos muy á propósito para emboscadas, y le instaban con empeño que se guardase de los fraudes de los de Motezuma. Prometían que ellos habían de guiar-

los por las tierras francas de los trascaltecanos.

Tomando en cuenta el consejo de los cempoalenses y de los zacata-minos, emprendió el viaje por los campos de los trascaltecanos. Iba delante de los escuadrones en la marcha el mismo Cortés con los jinetes, de los que de trecho en trecho mandaba á dos que observasen como exploradores lo que se presentara, y volviéndose atrás les avisaran que convenía estar preparados. Á unas cuatro leguas, estos soldados de vanguardia vieron desde la cumbre de una alta colina hombres armados, que se escondían en la llanura siguiente, que ya pertenecía á los trascaltecanos.

Éstos, habiendo visto los caballos, aterrados de una visión horrible y de una cosa tan nueva, pensando que el caballo y el que lo montaba eran un mismo animal, huyeron ó simularon que huían. Los nuestros les hicieron señales de paz, y por señas y con la mano les llamaban en su fuga. Quin-

ce de la multitud se detuvieron. Tenían preparada una emboscada, y los dos soldados que precedían llamaron á los demás jinetes para que se dieran prisa. Poco más adelante salieron de los escondrijos como cuatro mil armados, y atacaron á los nuestros. En un abrir y cerrar de ojos mataron á flechazos dos caballos. Acudió nuestra infantería, acometió al enemigo, y acosados con las saetas y las balas de las escopetas, se declararon vencidos los enemigos. Mataron á la mayor parte de ellos, pero de los nuestros no hubo ningún muerto ni herido.

Al siguiente día enviaron á Cortés mensajeros pidiéndole la paz. Trajeron consigo dos de los enviados que Cortés había esperado tanto tiempo: pidieron perdón de lo hecho, y se excusaron. Dijeron que aquel día habían tenido soldados de fuera, á quien no habían podido contener; que esto se había hecho contra la voluntad de los jefes de aquella provincia; que ellos es-

taban dispuestos á pagar los caballos, prometiendo hacer lo mismo con cualquier otro daño que hubieren causado. Cortés admitió estas excusas.





CAPITULO V

SUMARIO : 1. Repetidas victorias de Cortés sobre los tras-caltecas.— 2. Se le rinden.

PROSIGUIENDO desde allí, acampó á tres millas en la ribera de un río, y no fiándose de los bárbaros, puso guardias de noche. Al amanecer se encaminó á la próxima villa. En ella, de los cuatro mensajeros que había enviado para sondear las intenciones de los naturales, encontró que dos habían sido cogidos por éstos y apriisionados, pero que, rotas sus ligaduras durante la noche, se escaparon. Habían sido condenados á morir al día siguiente. Esto lo contaron ellos.

Mientras estaba en esto, he aquí como mil guerreros que de improviso, llenando los aires con horrendo clamoreo, lanzaron desde lejos contra los nuestros piedras y toda clase de dardos. Cortés procuró apaciguarlos con palabras suaves, pero de nada servían. Les intimó por medio de los intérpretes que no molestaran á los nuestros; pero cuanto más pacíficamente obraba Cortés, con mas insolencia se portaban los bárbaros. Volvieron por fin la espalda, y llevaron poco á poco á los nuestros, que les seguían, á emboscadas ocultas donde había hombres armados en número de unos cien mil, según escribe Cortés. Saltaron los bárbaros, y rodearon por todas partes á los nuestros, y se peleó con éxito dudoso desde antes de medio día hasta la tarde.

En esta batalla, los cempoalenses, zacataminos, istalmastitanos y demás naturales que acompañaban á Cortés, se portaron valerosamente, obligados por extrema necesi-

dad; pues, rodeados como estaban en tierras de los de Trascalteca, no les quedaba camino alguno para escapar. Una sola esperanza les quedaba de salvación: desesperar de ella. Si hubiesen sido vencidos, los trascaltecanos harían con sus carnes espléndidos banquetes, pues los vencedores convierten á los vencidos en manjares. De donde ya empezaban los trascaltecanos á relamerse los labios con la esperanza del manjar cuando supieron que gente extranjera había entrado en sus dominios, pues confiaban en su número.

Pero les salió al revés. Cortés tenía seis cañones de montaña y otros tantos escopeteros, cuarenta flecheros, y mezclados con éstos trece caballos, instrumentos de guerra desconocidos de los bárbaros; y así, por fin, se disolvió aquella nube de bárbaros. Sin embargo, pensativo pasó aquella noche, sin dormir y con cuidado, en cierto templo de campo dedicado á la idolatría. Al hacer de día salió á campo raso con todos los

cáballos, ciento de su infantería, y de los naturales trescientos istalmastitanos, pues la ciudad de Istalmastita había recibido á Cortés en paz y le había dado como auxiliares contra Motezuma trescientos hombres. También tomó de los cempoalenses y sus convecinos cuatrocientos, dejando á los restantes para guardar los bagajes y el campamento; recorrió toda la llanura de los enemigos, quemó cinco aldeas, y saqueó cuanto le vino á la mano: llevó al campamento cuatrocientos prisioneros.

Pero en el primer crepúsculo, al despuntar la aurora, he aquí que cae sobre el campamento un número tan sin número de enemigos, que parecía cubrir todos los campos. Escriben que el número de los que llegaron era de ciento cincuenta mil guerreros. Se peleó con mucho furor cerca de las fortificaciones del campamento. Dicen que se luchó por espacio de cuatro horas, con gran peligro de los nuestros; pero los bárbaros se retiraron sin

obtener resultado. Como nadie podía volver las espaldas, cada cual de tímida oveja sacó corazón de león.

Puestos en fuga los enemigos, Cortés, como un tigre con cría, se echó sobre los desleales, que se habían refugiado ya en sus casas á la desbandada. Despoblando, destruyendo y aprisionando ó matando á todos los que encontraba, llegó á una población de más de tres mil casas, según dicen, y lo pasó todo á sangre y fuego.

2. Hecho esto así, y llenos los naturales de gran temor, los próceres de aquella región enviaron legados á Cortés pidiendo perdón de lo pasado, y diciendo que prometían ser súbditos y aceptar cualesquiera leyes del gran Rey á que Cortés obedecía. En prueba de esto los enviados trajeron dones, para ellos honoríficos: crestas y penachos, adornos de guerra arreglados con gran arte, y el sustento necesario, con una gran cantidad de aves cebadas según su costumbre; pues hemos

dicho ya, y esto lo ha oído Vuestra Beatitud, que las aves que allí crían en lugar de nuestras gallinas, son ni menores ni de peor sabor que los pavos.





LIBRO II

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Descubre Cortés la perfidia de los trascaltecas.—2. La castiga.—3. Los vence.

Oído lo que querían referir los mensajeros, acusó gravemente á los señores de ellos. Sin embargo, prometió que les concedería el perdón de lo pasado y les admitiría á su amistad á condición de que, en lo sucesivo, fuesen fieles en la obediencia al rey de España. Al día siguiente se le presentaron sin armas cincuenta de los principales para explorar las entradas de los campamentos bajo pretexto de amistad.

Observando Cortés que ellos miraban la situación de los campamentos con mirada fija y rostro medio alterado, concibió sospechas, y, separando de sus compañeros á uno de ellos, por medio de su seguro intérprete le sedujo y le exhortó á que dijera la verdad; él, ganado con promesas y halagos, lo descubrió: dijo que el principal de aquella provincia, llamado Quesitangal, estaba emboscado con grandes cuerpos de gente armada, que de improviso atacarían el campamento la noche siguiente; que por eso había enviado á sus compañeros, so capa de paz, á fin de que entendieran por dónde debieran atacar y por qué lado habría más fácil acceso á las chozas de ramaje que los nuestros habían levantado para no pernoctar al raso, de modo que, entrados en ellas, les prendiesen fuego, y cuando los nuestros estuvieran ocupados en apagar el incendio se echaran sobre ellos y los mataran. Dijo aquél que querían probar fortuna con el dolo y los ardides, vis-

to que con el valor bélico habían sido siempre vencidos con tan infeliz resultado.

2. Oído esto, quiso Cortés conocer el plan más exactamente. Separó á otros cinco de los mismos compañeros, les amenazó con el castigo, les ofreció tratarlos bien, y todos confesaron, sin discrepar, lo mismo que el primero. Antes de que corriera la noticia de lo indagado, prendió á todos los cincuenta. Habiéndoles cortado la mano derecha, les envió á sus señores con este encargo: «Decid á vuestros principales que no es de hombres esforzados ó egregios en el valor guerrero echar mano de estos ardidés desleales. Vosotros, ministros de la perfidia, que vinisteis á nosotros como enemigos so capa de parlamentarios, pagad esta pena de vuestra iniquidad: os han escogido para autores de tamaño crimen, pero os volvéis con las diestras cortadas. Hacedles saber que nosotros estamos preparados en cualquier hora que vengan; ya nos acometan de noche, ya ven-

gan á la luz del día, aprenderán lo que son estos pocos á quien intentan perturbar.»

3. Marcháronse, lo contaron á los que vieron, y les enseñaron lo que padecían. Vino un aluvión de bárbaros por dos partes. Era la hora de la tarde. Cortés juzgó mejor maniobrar al descubierto, mientras con luz pudiera hacer ver á los bárbaros las torvas y para ellos desconocidas caras de los caballos y la violencia furiosa de los cañones, que no esperar á la noche, que lleva consigo mil peligros, especialmente para los que pisan ajenas tierras sin conocer los lugares, si es que tienen que mudarse de uno á otro. Al ver los caballos, y asustados de la furia y estruendo de los cañones, al primer encuentro volvieron la espalda los enemigos por las mieses que á la sazón abundaban en los campos: diseminados, buscaban donde esconderse. Las sementeras son maizales, como se ha dicho muchas veces. Cortés quedó dueño de andar libremente por

doquiera, pero no se atrevió á apartarse del campamento por espacio de algunos días.

Distante una legua del campamento tenía una ciudad enemiga, que al sonido del clarín¹ reunía muchedumbre innumerable de soldados; pues se atreve Cortés á escribir, y los que vienen de aquello mismo á decir, que consta de veinte mil casas la ciudad aquella de Trascalteca. Por fin, averiguando por sus exploradores que los habitantes de aquella gran ciudad estaban desprevenidos y sin temer nada, de improviso la invadió en la segunda vigilia de la noche, y los acometió dispersos y dormidos. Se apoderó del lugar más fortificado de la ciudad. Apenas amaneció se le presentaron los principales, pidiéndole humildemente que no les hiciera daño y jurando que obedecerían sus mandatos. Al arbitrio de Cortés, le llevaron abundancia de provisiones de la provincia.

¹ La palabra latina puede significar el clarín ó el cuerno.



CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Disgusto de los soldados de Cortés.—2. Su discurso animándoles.—3. Se le presentan los de Trascalteca.—4. Los de Motezuma le disuaden en vano de ir á Méjico.

VOLVIÓ vencedor al campamento, donde encontró que sus compañeros estaban disgustados con él porque los había llevado adonde no se podían volver ; que no querían avanzar más con él ; que de modo ninguno podrían escapar de que cualquier día los mataran sin dejar uno, viéndose rodeados por todas partes de guerreros tan feroces ; que morirían de hambre ó de frío si se libraban de los dardos de los bárbaros. Además, que las vicisitudes de la guerra son inciertas, y que la victoria

no siempre está en mano de los hombres, y le exhortaban y suplicaban que se volvieran á la costa, donde habían dejado á sus compañeros, y le declararon que si se resistía le abandonarían.

2. Pero Cortés, que se había propuesto ir á la ciudad Tenustitana, la principal de todas aquellas regiones, juzgando que debía obrar con prudencia y blandura, mejor que emplear procedimientos severos, habló de este modo: «¿Qué es esto, camaradas? ¿Qué teméis? ¿No os consta que está con nosotros Dios, que nos ha concedido tantos sucesos felices? ¿Pensáis que no serán mejores y de más valer los que hemos de buscar? ¿No veis que está en vuestra mano el que se dilate inmensamente la fe de Cristo? ¿Qué reinos y de qué importancia ganaréis para vuestro Rey y para vosotros mismos, con tal que seáis constantes! Ya es poco lo que queda. Y aunque acaso, lo que no temo, hubiéramos de sucumbir, ¿qué mayor felicidad? ¿Pudo jamás hom-

bre alguno tener muerte más gloriosa? Acordáos, además, de que sois españoles, que suelen ser impertérritos y no estiman su vida en un bledo cuando se trata del servicio del Dios omnipotente ó se presenta ocasión de merecer gloria. Además, ¿adónde hemos de ir? ¿Qué hemos de hacer languideciendo de ocio en las costas? ¡Animo: cobrad ánimo, y someted conmigo estas naciones bárbaras á la ley de Cristo y á la obediencia de nuestro Rey! ¡Qué fama quedará en la posteridad por estas hazañas que jamás se ofrecieron á ninguno de los vivientes! En nuestra patria, nuestros vecinos nos darán más honra que jamás la tuvo Hércules en Grecia por su venida á España, de la cual quedan todavía monumentos. Son mucho más graves nuestros trabajos: también serán mayores los premios. Despertad, pues, y con ánimo valeroso emprended conmigo la empresa comenzada sin dudar de la victoria.»

Hecho este discurso, los capita-

nes manifestaron que Cortés había perorado bien. Asintió el pueblo, que es más movedizo que las grandes olas, que, así como adonde el viento sopla allí van, él escucha y habla en cualquier sentido.

3. Aplacados los ánimos de los soldados, se presentaron á Cortés unos enviados del caudillo general de aquella región, el cual se llamaba Centegal, y le pidieron perdón de lo pasado por haber tomado las armas contra nosotros. Exponían que no se maravillase, pues ellos no habían reconocido nunca rey ni habían estado sometidos á nadie, y que habían estimado tanto la libertad que desde antiguo habían sufrido mucho por no someterse á Motezuma, y principalmente que se habían visto privados de vestidos de algodón, y de sal para condimentar la comida, porque no podían obtenerlos prohibiéndolo Motezuma, pero que si ahora se admite su amistad prometen hacer lo que se les mande. Fueron todos perdonados y admitidos. La ciudad aquella

Trascalteca distaba seis leguas del campamento, y los ciudadanos pidieron que se fuera allá. Cortés lo rehusó un rato; pero al fin, vencido por los ruegos de los principales de la ciudad, accedió.

4. Pero hay que intercalar otra cosa antes de pasar adelante en las cosas de Trascalteca. Habían venido á Cortés seis familiares amigos de Motezuma con ricos dones: le llevaron varias joyas y varias vestiduras de oro por valor de mil castellanos de oro; también vestidos de algodón pintados de mil colores. Estos, habiendo entendido que Cortés se proponía visitar á Motezuma y su ciudad, le rogaron en nombre de Motezuma que abandonara tal pensamiento, porque aquella ciudad, que está en el agua, por su naturaleza carece de todo, y que, si no se llevaban de afuera, serían difíciles las provisiones correspondientes á tales hombres. De oro, plata, joyas y de todas las otras cosas, prometieron los enviados que Motezuma le enviaría á

Cortés la cantidad que pidiera, dondequiera que se estableciese.

A lo cual respondió Cortés que no podía de modo ninguno convenir en lo que le pedían, puesto que su Rey le tenía mandado visitar aquella ciudad y á su rey, é investigar todo con diligencia, á fin de que pueda poner en conocimiento de Su Majestad, por medio de enviados, lo que sea.

Obtenida esta respuesta, pidieron que, con permiso de Cortés, pudieran enviar á Motezuma uno de ellos con aquella respuesta. Se les dió permiso para enviarlo, y fué uno de los seis colegas. Volvió á los seis días; llevó de parte de Motezuma diez alhajas de oro del mismo peso y muy lindamente labradas. Llevó también en hombros de esclavos, porque no tienen otras acémilas, mil quinientas vestiduras, más preciosas que las primeras mil.

También aquí se maravillarán los que son de espíritu estrecho y creen que es fábula lo que ellos

nunca antes han oído ó es superior á sus fuerzas. A éstos les responderemos en su lugar, cuando se hable de la hacienda de Motezuma. Bastante hemos divagado de los trascaltecanos.





CAPITULO III

SUMARIO : 1. Noticias de Tráscala.—2. Idem de Guazucingo.—3. Opuestas intrigas de mejicanos y trascaltecas.—4. Cortés rinde con amenazas á los de Chiurutecal.

DIGAMOS qué tal es y cuán grande Trascalteca. Y en primer lugar, como arriba indiqué, democrática en parte y en parte aristocrática, como en algún tiempo la república romana antes de que se convirtiera en violenta monarquía, admite próceres como ya dije, pero rehusa señores.

Escribe Cortés, y dicen los que han venido, que la ciudad es mucho mayor que Granada, y más poblada y abundante de todas las cosas con que se vive. Usan el pan de maíz, y tienen también aves, caza,

y pesca de río, marítima no, pues dista demasiado del mar; dicen que más de cincuenta leguas. Tienen asimismo varias legumbres. Dentro de los muros, que son de piedra, las casas son de piedra, altas y fortificadas: como que siempre están en sospecha de los enemigos continuos y vecinos. Frecuentan los mercados y las ferias; se visten y usan de calzas, les gustan las joyas de oro y las perlas; los penachos y coquetes de plumas de varios colores, los estiman mucho como ornato bético. Los entretejen todos de oro, y se venden á cada paso en los mercados. Se vende leña para quemar, llevada á cuestras por hombres, y también madera para labrar vigas, maderos, tablas, así como ladrillos, piedras, cal, y tienen excelentes arquitectos y alfareros. No tenemos nosotros vasija alguna que en arte aventaje á las que ellos hacen.

También tienen herbolarios que venden hierbas medicinales, y usan los baños, y se ha echado de ver

que tienen orden y leyes con que se gobiernan. La amplitud de aquella provincia en redondo tiene noventa leguas, y su capital es esta ciudad Trascalteca, rodeada de pueblos, pagos, aldeas, con muy fértiles montes y valles, con mucha población, y ésta de hombres guerreros por la cercanía de Motezuma, su enemigo perpetuo.

2. Junto á esta provincia hay otra región que se llama Guazucingo. Se rige del mismo modo que Trascalteca, á modo de república. Todos son enemigos de los ladrones: á los que cogen los llevan atados por las plazas, y los apalean hasta matarlos. Son muy atentos.

Durante el tiempo que los seis embajadores de Motezuma estuvieron siempre al lado de Cortés, se esforzaron por persuadirle que no se hiciera amigo de los trascaltecanos, ni se fiara de tales hombres pérfidos y trapaceros. Por el contrario, los de Trascalteca (*le decían*) que los de Motezuma eran tiranos y que, si se fiaba de ellos, le precipitarían en

alguna ruina. Cortés se gozaba en silencio de semejante disensión; conocía que le había de ser provechoso el odio mutuo de ellos, y á unos y otros les tenía afable conversación.

Los enviados de Motezuma instaban por que Cortés se desentendiera de los trascaltecanos, y fuera á una ciudad solo distante cinco leguas del territorio de Motezuma y llamada Chiurutecal. Desde allí decían ellos que se podría tratar más fácilmente cuanto hubiera de hacerse con Motezuma. Por el contrario, los trascaltecanos le avisaban á Cortés que le tenían preparadas emboscadas, ya en el camino, ya en la misma ciudad de Chiurutecal; en el camino, porque los de esa ciudad habían cortado por muchas partes los caminos para poner en peligro á los caballos, é indicado otros caminos separados del curso antiguo; y en la ciudad, porque habían cerrado las calles en muchos sitios y las habían pertrechado con parapetos, y que los habitantes

habían reunido, en sus solares, torrecillas y ventanas que dominaban las calles y vías públicas, gran cantidad de piedras para matar con ellas á los nuestros cuando entraran. De que los de Chiurutecal llevaban mala idea contra los nuestros, daban los trascaltecanos como prueba que nunca se le habían presentado como lo habían hecho los de Guazucingo, que distaba más.

4. Con estas noticias, Cortés envió á los de Chiurutecal quejas de su injusticia y negligencia. Al saber el recado de Cortés, le enviaron embajadores, pero plebeyos y gente de ninguna importancia, á que le dijeran que no habían ido aún porque tenían que pasar por tierras de enemigos, pero que estaban en buena disposición respecto de él. Conocida la ofensa de que los principales se hubieran desdeñado de ir á él, despidió con amenazas á aquellos vulgares, con orden de que si en tres días no se le presentaban los magnates de aquella ciudad, iría contra ellos como enemigo, y les dijo que

experimentarían lo que él suele hacer cuando se irrita si demoraban acercarse á él para prestar homenaje al rey de España, á quien pertenece el imperio de todas aquellas tierras. Vinieron; Cortés dijo que admitiría las excusas formuladas con tal que cumplieran lo prometido; y prometieron que harían de buena voluntad lo que se les mandara, y que él lo conocería, así como que habían mentido los de Trascalteca, y ofrecieron pagarle tributos según su orden si iba á ellos.





CAPITULO IV

SUMARIO : 1. Marcha Cortés hacia Chiurutecal.—2. Descubre la traición preparada.—3. Lucha y victoria.—4. Paces.

Así permaneció largo rato, vacilando entre varios intentos. Por fin resolvió probar fortuna, y, complaciendo á los de Motezuma, emprendió el camino hacia Chiurutecal. Pero los trascaltecanos, oída su resolución y viendo que de nada servían sus consejos, dijeron que de ningún modo permitirían que Cortés se confiara en manos de los motezumanos, de suerte que pudieran ellos libremente hacerle daño; que ellos tenían que ser agradecidos á un hombre que tanta benignidad ha-

bía usado con ellos, y, tras innumerables yerros de ellos, les había admitido por amigos, cuando podía haber acabado con ellos por completo en merecido castigo. Hicieron instancias para darle, á modo de cohorte pretoriana, cien mil hombres armados. Se opuso Cortés, mas de nada sirvió que se opusiera. Con aquella falange de casi cien mil, puso el campamento aquella noche á la orilla de un río que encontró. Desde allí, reteniendo para guardia suya dos mil, despidió á los demás, dándoles las debidas gracias como correspondía.

Cuando los nuestros se acercaban, les recibieron los sacerdotes de Chiurutecal, saliendo buen trecho, según su usanza, con cantares de niños y niñas, y tocando tambores y clarines. Una vez entrados, les hospedaron y alimentaron con bastante comodidad, aunque no con viandas delicadas ni abundantes.

2. Entendieron algo del cierre de las calles y de las barricadas y de

las piedras preparadas, como se lo habían avisado los de Tlascalteca. Entonces llegaron nuevos enviados de Motezuma, que hablaron al oído á los ciudadanos de Chiurutecal, pero no á Cortés. Los nuestros preguntaron qué habían tratado con los mensajeros: los de la ciudad no respondieron nada más; por lo cual, concibiendo Cortés sospechas, y acordándose del consejo de los tlascaltecas, por medio de Jerónimo Aguilar, que entendía también los idiomas de estas tierras por haber estado cautivo mucho tiempo cerca de allí, interrogó á un joven enviado.

Lo que supo fué esto: los de Chiurutecal dijo él que habían sacado fuera á todos los niños, ancianos, mujeres y bienes al ir los nuestros, pero declaró que no sabía más acerca de sus intentos. Se descubrió la traición, pero hay que contar cómo. Con una mujer de Chiurutecal había una joven de Cempoal, que había seguido á su marido, ó tal vez su amigo. La mujer chiurutecana habló á su huésped cempoalense de

esta manera: «Amigo, vente conmigo.—¿Adónde?, dijo él.—Fuera de la ciudad y lejos de aquí, respondió.—El forastero la preguntó la causa que la determinaba. Ella le contó que aquella noche vendría una muchedumbre innumerable enviada por Motezuma, y mataría á cuantos encontraran dentro de las murallas. «Porque me da lástima de ti te descubro esto; no te detengas si no quieres acabar los años tranquilos de tu juventud, juntamente con los demás, de una muerte cruel.»

3. La joven se lo descubrió á Aguilar; puesto Cortés á inquirir el negocio, conoció que era verdad. Hizo presentar á los principales de Chiurutecal: mandó á su gente estar preparados, arma al brazo. Descubrió el plan á los capitanes para que, dada la señal con un tiro, se echaran sobre los autores del crimen, que él había llamado y los tendría reunidos en la sala de su hospedaje. Vinieron los magnates de la ciudad; los apresó, descubriéndoles primero

el asunto : montó á caballo, y salió. Encontró rodeadas de gente armada las puertas de su casa : era la muchedumbre de los ciudadanos, que, armada, esperaba á los que iban á venir. Cerró con ellos: antes de que llegaran los otros, se luchó terriblemente por mucho tiempo (cinco horas dice él). Al fin derrotó á los bárbaros desleales.

Se volvió á la casa designada; llamó á sí á los ciudadanos presos, y preguntándoles por qué se portaban así, respondieron que los había engañado Motezuma, que aquello se había hecho sin querer ellos; prometieron que, si los perdonaba, serían perpetuamente súbditos y no obedecerían más á Motezuma.

Los cempoalenses y los tlascaltecanos auxiliares se portaron aquel día bravamente por el odio que tenían á la tiranía de Motezuma. Cortés perdonó á los ciudadanos, y mandó que llamaran é hicieran volver á las mujeres, niños y demás. Así se hizo; la ciudad se llenó de su población.

4. Después de esto, trabajó por que los de Tlascalteca y de Chiurutecal se reconciliaran y avinieran, que antes estaban en desacuerdo y por obra de Motezuma se profesaban mutuamente odio á muerte.

Está la ciudad aquella de Chiurutecal en una llanura fértil, y tiene, según escriben, dentro de los muros veinte mil casas hechas de cal y canto, y otras tantas en los arrabales; en otro tiempo había sido república. Motezuma la había rendido por la fuerza y sometídola á su autoridad. Ambas ciudades nos obedecerán á nosotros con gusto.

Éstos son más ricos y visten mejor que sus vecinos los de Tlascalteca. Los de Chiurutecal riegan gran parte de su llanura por excavaciones guiadas. Está (*la ciudad*) bien defendida con murallas y torres. Escribe Cortés que desde un templo alto contó de paso más de cuatrocientas torres, levantadas por las calles de la ciudad, todas las cuales hacían oficio de templos. Tiene esta región tierras á propósi-

to para pastos, lo cual dice que no ha encontrado hasta ahora en ninguna parte por allá, porque las demás están tan llenas de pueblos que apenas queda campo para sembrar.





CAPITULO V

SUMARIO : 1. Acrimina Cortés á Motezuma.—2. Responde con regalos y excusas.—3. Insiste Cortés en pasar á Méjico.—4. El volcan de Popocatepec.

HABIENDO salido así estas cosas, llamó ante sí á los enviados de Motezuma, les echó en cara las arterías inicuas de su amo, y que no era propio de un príncipe distinguido, cual pensaba que era Motezuma, el obrar con dolo y andar en maquinaciones insidiosas por mano de otro. Declaró Cortés que ya no guardaría la palabra de amistad que antes había dado por medio de mensajeros, supuesto que Motezuma había urdido tan traidoras maquinaciones en contra de lo jurado. Los embajado-

res, medio muertos, dijeron que su amo no había pensado ni sabido nada de aquello, y que el tiempo descubriría lo que decían, y que Motezuma siempre había sido cumplidor de su palabra; que los de Chiurutecal habían inventado aquellas cosas para librarse de la ira de Cortés.

2. Dicho esto, los embajadores suplicaron á Cortés que les permitiera enviar á Motezuma uno de su compañía para contarle lo que se hacía. Diósele permiso, y volviendo á los pocos días, trajo regalos dignos de un rey : diez bandejas de oro, mil quinientos vestidos de algodón, como él escribe, según su costumbre. (Ya dije otra vez, por satisfacer á espíritus estrechos, que diría con más claridad de dónde ese rey saca tantos vestidos al hablar de su hacienda.) Además muchos comestibles, pero en especial vino del que usan los reyes y próceres, diferente del que bebe el pueblo, pues hacen muchas clases de vino; el general, para el pueblo, de maíz;

otros mejores de varias frutas; pero de ciertas almendras, de que usan en vez de moneda, otro admirable. De esta almendra hablaremos más abajo ¹.

Motezuma, pues, por medio de aquel familiar suyo y de otros embajadores recientes, afirmó que no sabía nada de aquellas cosas que los de Chiurutecal dijeron de él mintiendo, para excusarse ellos; que algún día comprendería que había entre ellos verdadera amistad, y que Motezuma no acostumbra á negociar por medio de fraudes. Sin embargo, en medio de esto suplica una y otra vez que desista del propósito de ir á su ciudad por la carencia de todo; porque, edificada en el agua, por su misma naturaleza estaba necesitada de todo; que para sus habitantes sí tenía lo bastante por el antiguo comercio con la comarca, pero que si venían huéspedes quedaría pobre y necesitada.

3. Cortés dijo que no podía ac-

1 Es el cacao.

ceder á eso porque así se lo tenía mandado su Rey. Al saber la resolución de Cortés, le manifestó por medio de embajadores que le esperarían en la ciudad, y que haría todo lo posible para que nada faltase, y envió á la mayor parte de los magnates que acompañaran á Cortés.

4. Salió, pues, hacia la ciudad tenustitana, ansioso de verla. A las ocho leguas encontró un monte cubierto de cenizas en verano y con dos cimas, expedito por todas partes, que se llamaba Popocatepec, lo cual significa monte humoso, porque en la lengua de ellos *popoca* es humo, y *tepeque*, monte; de cuyos vértices sale perpetuamente humo, soplando fuerte y dirigiéndose derecho á las nubes, cual nube obscura se eleva con vapor craso; de modo que el humo forma el volumen de una casa grande y se lanza al aire con tanto ímpetu que, por más que el aire se conmueva por vientos fuertes, el humo, sin embargo, no se tuerce. Maravillado de esto Cortés, envió

diez españoles de valor, guiados por los indígenas, que investigaran, si podían, la causa de cosa tan grande. Obedecieron, y subieron al monte lo más cerca que pudieron. No fue posible acercarse á la última cumbre por las densas cenizas, pero se aproximaron de modo que sintieron rugir las llamas que salían y el estruendo del humo fiero y formidable, con perpetuos torbellinos que recorrían el monte, de suerte que el mismo monte temblaba y parecía querer hundirse.

Pero dos de los enviados, más atrevidos que los demás, se propusieron ganar la cumbre por más que les disuadían los naturales, y subieron hasta ver aquella ancha boca. Dicen que tiene de ancha legua y media. Aterrorizados del estruendo de las sañudas llamas, se volvieron con suerte feliz; se apartaron al crecer el ímpetu de la llama, que entonces salía más moderada ; pero tras brevísimo intervalo, con inaudita erupción de piedras volvió rabiosísima, y á no ser que

por fortuna encontraron en el camino un sitio algo cóncavo, en que se guarecieron mientras pasaba la lluvia aquella de piedras (pues no siempre arroja piedras el monte aquel), habrían perecido. Los naturales se admiraron tanto de esto, que de todas partes acudían á verlos con dones, como á unos semidioses.

Una cosa ¡oh Padre Santo!, no se ha de pasar por alto. Piensan los indígenas que los reyes que en vida gobernaron mal, moran, aunque temporalmente, entre aquellas llamas, donde purgan las manchas de sus maldades en compañía de los demonios.





CAPITULO VI

SUMARIO : 1. Prosigue Cortés, aunque mal guiado.— 2. El hermano de Motezuma sale á recibir á Cortés con valiosos regalos. — 3. Le preparan emboscadas. — 4. Otro precursor de Motezuma. — 5. Morada deliciosa á lo romano.

DESPUÉS de esta investigación, los embajadores de Motezuma conducían á Cortés por donde los de Tlascalteca le habían disuadido (*de que fuera*), pues aquel camino tenía pasos molestos, fosos y lagunas con puentes estrechos, donde fácilmente podría ser derrotado un ejército, porque no pueden pasar por aquellos lugares en columna. Tomó, pues, otro camino algo más largo y más penoso, porque iba por tierras pedregosas, por valles profundos de altas montañas humeantes,

de los cuales, cuando ya salían, desde los collados frente á las montañas vieron un valle muy grande; es Colúa, en el cual está la gran ciudad Tenustitana.

Es notable este gran valle por dos lagunas, la una dulce, de las cuales hablaremos más extensamente después. En él está la ciudad (tiene el valle sesenta leguas de circuito, según ellos dicen).

Los embajadores de Motezuma que acompañaban á los nuestros, como intentaran guiarlos por el otro camino, preguntados respondieron que no negaban ser más cómodo éste; pero como se tenía que ir andando un día por las tierras enemigas de los guazucingos, y porque acaso habrían faltado provisiones, por eso habían aconsejado el otro.

Aquí debe advertirse que los guazucingos y los tlascaltecanos eran dos repúblicas unidas con pactos y animadversión contra Motezuma. Por eso las encontraron pobres; como que, rodeados por un enemigo

tan poderoso, no tenían comercio con ninguna otra nación; y así, pasando sólo con los productos de sus provincias, vivían miserablemente por no doblar la cerviz á ningún rey. Pero á Cortés, como esperaban que con su ayuda podrían algún día andar libremente, le hicieron pactos de amistad, y en señal de ella le regalaron algunos esclavos y vestidos á su usanza, aunque pobres, y de lo necesario para comer en bastante abundancia, sólo para un día.

Ya el sol volvía la espalda, y aún no habían salido completamente de las gargantas de aquellos montes; le llevaron á un palacio de campo construído para recreo veraniego, y tan grande que aquella noche se hospedó en él todo el ejército con bastante comodidad; pues hecho el recuento, encontró consigo, entre cempoalenses, tlascaltecanos, guazucingos y chiurutecallenses, más de cuatro mil, y de sus españoles apenas trescientos. Sino que, como ya se ha dicho, para res-

ponder á lo que dicen espíritus pobres y estrechos, los cañones y los caballos, géneros desconocidos, lo hacían todo, más que el número de los combatientes. De comer no faltó: los administradores motezumanos proveían bastante bien por dondequiera que iban los nuestros. Aquí tiritaron de frío por la proximidad de altas montañas, y así hubo necesidad de grandes hogueras.

2. Aquel día fué á ver á Cortés el hermano de Motezuma con la mayor parte de los próceres. Le llevaron de regalo en nombre de Motezuma tres mil castellanos de oro, egregias joyas, mezclando, sin embargo, la súplica de que se vuelva y se detenga donde le plazca, que Motezuma le pagará los tributos que Cortés determine con tal desista de ir á la ciudad, rodeada de agua, donde necesariamente se ha de sufrir, en particular con tanta muchedumbre, falta de todo, como que por su naturaleza nada produce, y que de modo ninguno ni en

ningún tiempo faltará á la obediencia del Rey de quien se dice enviado.

De nuevo Cortés repitió á Motezuma, con toda la suavidad que pudo, que lo haría con gusto por complacer á un rey tan grande si se lo permitieran las órdenes del suyo; que no debían pensar que su ida hubiera de serles molesta, sino útil y honrosa; que iría cuando no pudiera menos de hacerlo, y que si después de eso su estancia hubiera de molestar á Motezuma, se volvería de seguida, una vez pactada alianza y arreglados los asuntos entre ambos; lo cual se haría con mucha más claridad y comodidad viéndose, que no por mensajeros alternativos.

3. Dice Cortés que mientras en esto estaban no cesaron los indígenas de preparar emboscadas, y que las selvas de las montañas que dominaban el palacio estuvieron aquella noche llenas de gente armada. Pero él se jacta de haber sido siempre tan cauto que fácilmente se desen-

redó de los ardides y dolos de ellos.

Partiendo de allí hacia la ciudad de la laguna, se encontró con otra ciudad terrestre de veinte mil casas, según dicen, llamada Amaquemeca, cuya provincia lleva el nombre de Chialco. El régulo de aquel lugar, de la jurisdicción de Motezuma, por espacio de dos días dió á los nuestros buena y abundante comida, y regaló á sus huéspedes tres mil castellanos de oro, joyas, como dijimos poco antes, y cuarenta esclavos.

4. Á cuatro leguas de allí, dió con una laguna dulce mucho menor que la salada. En su orilla hay una ciudad, mitad en el agua, mitad en seco, y allí junto un monte alto. Allí se le presentaron á Cortés doce hombres, de los cuales al principal lo llevaban en hombros en una litera. Tenía veinticinco años : cuando bajó de la litera, corrieron los demás presurosamente, quitando toda la basura y las piedras, y, si había paja, limpiándola por donde iba á pasar para saludar á Cortés. Des-

pués de haberle saludado en nombre de Motezuma, le suplicó que no echara á incuria ó negligencia del rey el que no hubiera salido á su encuentro, diciendo que estaba enfermo y que ellos habían sido enviados para acompañarle, pero que si tenía á bien cambiar su propósito de ir, les sería muy grato. Él les agasajó con buenas palabras y algunos regalillos nuestros que les gustaban, y se fueron contentos.

Siguiendo sus huellas Cortés, encontró otro pueblo de mil quinientas casas, construído en el agua de la laguna dulce. Se va á él y se vuelve en lanchas. Las de éstos son unilígneas, como lo he dicho muchas veces de las canoas de los isleños, y las llaman *acales*. Marchando por medio de aquella laguna, encontró un camino arreglado, de altura de una asta, el cual conduce á otro pueblo distinguido que tiene dos mil casas. Aquí le recibieron á Cortés honoríficamente, y los del pueblo deseaban que pasara entre ellos la noche; opusieronse los prín-

cipes de Motezuma que le acompañaban, y le condujeron aquella tarde á una ciudad mucho mayor, que toca ya la orilla de la laguna salada, y se llama Iztapalapa. Pertenece á la jurisdicción del hermano de Motezuma, distando tres leguas del pueblo anterior, llamado Tacatepla.

De Iztapalapa dista tres leguas otra ciudad llamada Coluacán, su provincia Colúa, cuyo nombre los nuestros pusieron al principio á toda la tierra, porque era el que desde lejos habían oído que tenía. Iztapalapa tiene, según dicen, ocho mil casas, excelentes en su mayor parte: Coluacán no es mucho menor. Con el hermano de Motezuma estaba el régulo de Coluacán, el cual hizo también á Cortés valiosos regalos.

5. El palacio del régulo de Iztapalapa dicen que está admirablemente fabricado de cal y piedras, y que el arte de carpintería está adelantado allí; que son regios los pavimentos y lo interior, y las habitaciones, con grandes salones, las ponderan á boca llena. Aquella

casa tiene huertos muy bien cultivados, con varios árboles y verduras, y hierbas floridas y de buen olor. Hay también muy grandes estanques con muchas clases de peces, en los cuales nadan varias especies de todas las aves acuáticas; se puede bajar hasta el suelo profundo de las lagunas por gradas de mármol traídas de lejos. Hay maravillosos paseos, rodeados con redes de cañas para que nadie pueda entrar libremente en las eras, ni á (*coger*) las frutas de los árboles. Aquellas cercas están construídas con mil comodidades, como en las casas de purpúreos y delicados cardenales, de mirto ó de romero de mar; también de boj, como se ve en otras muchas partes, todo hermoso de ver.

De estas cosas refiere muchas menudencias, que ya me fatigan con su prolijidad. Dejando lo demás, introduzcamos ya á este hombre, Cortés, en la ciudad Tenustitana, y á los sólo por una parte deseados abrazos de Motezuma.



LIBRO III

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Maravillosa calzada de Méjico.— 2. Motezuma sale á recibir á Cortés.—3. Sacrificios horrendos.

DESDE Iztapalapa se va á Tenustitana, residencia del gran rey Motezuma, por un muro de piedra que tiene la anchura de dos picas, levantado en la misma agua, hecho á mano con arte y con gusto increíble. Este muro hace el oficio de puente, pues la misma Iztapalapa está edificada, alguna parte en el lago salado, y lo demás en tierra. El un lado de aquel puente tiene adheridas dos ciudades, edificadas en el agua parte de ellas, y el otro una. La pri-

mera de ellas que se encuentra el que va, se llama Mesicualcingo; la segunda es Coluacán, de que poco antes hemos hablado; la tercera es Uvichilabusco. La primera dicen que tiene más de tres mil casas; la segunda seis mil; la tercera cuatro mil; todas con magníficos templos de los ídolos, y con torres.

Estas ciudades juntas al puente hacen la sal que usan todas las naciones de aquellas tierras. La congelan del agua salada de la laguna, guiándola por arroyitos á una tierra apta para coagularla. Después de coagularla la reúnen en pelotas ó forman panecillos, para llevarla á los mercados y ferias á cambio de cosas extrañas. Únicamente los entregados á Motezuma participaban la ventaja de aquella sal; pero los que rehusaban obedecerle, de modo ninguno; por eso los tlascaltecanos, los de Guazucingo, y también otros muchos, guisaban sin sal, porque, según lo hemos dicho, eran refractarios al imperio de Motezuma.

Muchos de estos muros sirven de puentes desde los lugares terrestres á las ciudades del agua, y á veces se enlazan como caminos diferentes. A este muro, que parte de Iztapalapa, se le une otro de diferente lado de la ciudad. En el empalme hay levantado un castillo con dos torres inexpugnables. Desde allí se va por uno de los caminos á la ciudad, que dista legua y media. En estos muros ó puentes, de trecho en trecho, hay puentecillos de madera, movibles, que cuando hay alguna sospecha de guerra se levantan. Me parece que esos cortes los hacen también por los portazgos para evitar defraudaciones, como en muchos lugares que gozan de tranquila paz vemos que de noche se cierran las puertas de la ciudad por este solo motivo. Levantados los puentes, resultan pozos de agua que pasa, pues dan paso á las aguas, que allí tienen flujo y reflujo, como se dice. Esto es una maravilla de la naturaleza, Padre Santo, á juicio mío y de los que di-

cen que no puede suceder lo que ellos no hayan leído en otra parte.

Esta ciudad lacustre, ó el sitio de la misma laguna salada, dista del mar más de setenta leguas, y hay entre medias dos trechos de altas montañas y dos grandes valles entre una y otra montaña, y, sin embargo, la laguna experimenta el flujo y reflujo del mar, si no mienten; pero por dónde el mar tenga la entrada ó la salida, no lo sabe nadie. Cuando viene el flujo, la laguna salada se derrama en el álveo de la dulce por las gargantas de los dos collados; y cuando el reflujo, vuelve de la dulce á la salada, y no por eso la dulce se altera de modo que no se puede beber, ni tampoco la salada se endulza. Basta de lagunas, muros, puentes y castillos.

2. Vengamos ya á un espectáculo agradable para los españoles, porque hace mucho que lo deseaban, tal vez no para los tenustitanos discretos, porque se temen que estos huéspedes vengan á perturbar su elísea tranquilidad, á diferencia del

pueblo al cual nada le deleita tanto como tener ahora cosas nuevas á la vista, sin cuidarse de lo futuro. Hasta este empalme le salieron al encuentro á Cortés, desde la ciudad, mil varones adornados al estilo de su patria, y saludaron á Cortés haciendo cada uno su ceremonia, que es tocar el suelo con la mano derecha, y de seguida besar, en señal de respeto, la parte de la mano con que han tocado la tierra. Todos éstos eran nobles palaciegos: detrás de ellos vino por fin el tan deseado rey. El camino aquel, como ya lo dije, tiene legua y media, otros dicen dos leguas de largo, pero tan derecho que, echando una línea, no puede sacarse más recta; si uno mira por el filo del camino desde el mismo castillo del que partió Cortés hacia Motezuma, verá fácilmente la entrada de la ciudad.

El rey iba por medio del dicho puente, y detrás la demás gente por las orillas, en formación, guardando entre sí distancias iguales, todos descalzos. Traían á Motezuma

sostenido por los brazos de los príncipes, uno de los cuales era su hermano, el señor de Iztapalapa, y el otro uno de los principales, no porque necesitara de tal ayuda, sino que es costumbre de ellos guardar esta consideración á los reyes, que parezca les sostienen con sus fuerzas los próceres. Al aproximarse Motezuma, Cortés se apeó del caballo que montaba. Fué á abrazar al rey, pero se lo impidieron los príncipes que iban á su lado: entre ellos no es lícito tocar al rey. Los que venían por los lados en pelotones formados, dejaban sus sitios para saludar á Cortés cada uno con su ceremonia, y de seguida cada cual se volvía á su lugar para que no se trastornase el orden.

Después de hechos los alegres saludos, volviéndose Cortés se quitó el collar de poco valor que llevaba puesto, y se lo puso al rey en el cuello; pues eran cristales de varios colores, parte diamantes, parte perlas y piropos de cristal; pero le agradó á Motezuma el regalo,

que compensó con otros dos collares de oro y perlas, con caracoles y cangrejos de oro pendientes de ellos. Después de hecho el recibimiento á todos los que le habían salido al encuentro, volvieron la cara á aquella ciudad grande, y que debe tenerse por un portentoso. Con el mismo orden que habían venido se volvieron todos por las orillas de aquel puente admirable, dejando el espacio del medio á Motezuma y á los nuestros solamente.

3. ¡Oh maldad digna de considerarse, y horrible de decir! A los dos lados exteriores del mismo puente había cercanas torres magníficas, sitas en el agua, todas las cuales servían de templos: en ellos se inmolaban á cada paso en sacrificios, con increíble horror, ó esclavos comprados con dinero, ó los hijos de los sometidos, destinados para eso en vez de contribución. La mayor parte que al pasar comprendieron la cosa, declararon que se les partían las entrañas.



CAPÍTULO II

SUMARIO : 1. Alojamiento de Hernán Cortés. — 2. Discurso de Motezuma cediéndole el Imperio. — 3. Contestación de Cortés.

LEGARON por fin á un palacio muy grande, morada de los antepasados de Motezuma, preparado con regio ornato. Allí Motezuma instaló á Cortés en una estancia regia, sobre un trono de oro, y regresó á otro palacio. Mandó dar á todos los compañeros de Cortés abundante, rica, regia comida, y hospedarlos en habitaciones acomodadas para cada uno. A las pocas horas Motezuma, habiendo comido, volvió á ver á Cortés, llevando camareros y los necesarios familiares carga-

dos de vestidos de algodón tejidos de oro y colores vivísimos. ¡Cosa increíble! Pero abajo diremos cuán creíble es. Seis mil vestidos dicen los que los vieron. Escribe el propio Cortés que llevaron juntamente muchos regalos de oro y de plata.

2. Junto al tribunal de Cortés, había preparado otro tablado igualmente adornado. En él Motezuma, después de llamar á sí á todos los próceres de los reinos, dijo el siguiente discurso, según se comprendió mediante los intérpretes á quien entendía Jerónimo Aguilar :

«Varones egregios en valor guerrero y benignos con los humildes, deseo y espero que sea feliz vuestra venida. Sea venturosa vuestra llegada á estas tierras.» Después, volviéndose á sus próceres, dijo: «Por relación de nuestros antepasados sabemos que nosotros somos de fuera. Cierta gran príncipe traído en una flota, más allá de lo que pueden recordar todos los vivientes, condujo á nuestros mayores, no se sabe si voluntariamente ú obligado

por las tempestades, y dejando á sus compañeros se marchó. Vuelto á su patria, quisiera él que regresaran los que había traído; ya se habían construído casas, y uniéndose á las mujeres del país, habían procreado hijos y tenían domicilios fijos muy tranquilos; rehusaron volverse nuestros antepasados y no escucharon lo que decía, pues ya habían elegido de entre sí un senado y príncipes del pueblo por cuyo consejo se rigieran, y cuentan que se marchó amenazándoles. Nunca, hasta estos tiempos, se presentó nadie reclamando el derecho de aquel caudillo. Os exhorto y amonesto, próceres de mis reinos, que el mismo homenaje que me guardáis á mí se lo deis á este capitán de un tan gran Rey, y los tributos á mí debidos se los paguéis á su arbitrio.»

Mirando después á Cortés, añadió: «Pensamos, pues, por lo que he dicho que el Rey de quien os decís enviados trae origen de aquel otro, por lo cual seáis bien venidos; descansad tranquilos de vues-

tros trabajos, que he sabido los habéis pasado inmensos desde que entrasteis en estas tierras; cuidad vuestros cuerpos, ya debilitados: vuestros son todos los reinos que poseemos. Tú, caudillo principal enviado á esto, quienquiera que seas, impera en todos los reinos que me han estado sometidos. Por lo que toca á lo que han contado de mí los cempoalenses, tlascaltecanos y guazucingos, con razón debe tomarse como proveniente de ánimo hostil: la experiencia hará ver que han mentido. Han charlado que mis casas eran de oro, de oro y de junco, y los muebles de oro, y que yo era un dios, no un hombre. Tú mismo estás viendo que mis casas son de piedra y de tejidos de hierbas fluviales, y de algodón los muebles. Confieso que tengo joyas de oro reunidas en tesoros. Tuyas son: haz de ellas el uso que quieras en nombre de nuestro gran Rey. Tocante á lo que te han dicho que yo no soy hombre, sino inmortal, mira mis brazos y mis piernas; tú

verás si son ó no de carne y hueso.» Y al decir esto, se descubría casi llorando los brazos y las piernas.

3. Luego que acabó de hablar, le consoló Cortés y le dió esperanza de que todo se arreglaría bien. Después de esto se marchó Motezuma bastante alegre de cara: si se iría de buen humor, el que alguna vez haya gustado el mando juzgue si admite compartícipes; y si alguien jamás recibió gustoso huéspedes á la fuerza, dígallo quien lo haya experimentado. Por la cara de los príncipes llamados, que lo oyeron con la vista fija en el suelo, se puede comprender lo agradable que les sería aquella reunión, pues recibieron con lágrimas, suspiros y sollozos lo que se había hecho, y vacilaron buen rato silenciosos: por fin prometieron seguir los mandatos de Motezuma; pero que no habían podido menos de conmovirse con tan grande y tan repentino cambio. Disuelta la junta, se fué cada uno á su casa. Contemos ahora lo que resultó de aquella reunión.



CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Traición de Coahuapoc.—2. La explota Cortés para imponerse á Motezuma.—3. Éste se traslada al palacio de Cortés.—4. Prisión y castigo de Coahuapoc.

A Motezuma, á sus subordinados y amigos, les salió todo muy mal, como abajo se dirá; mas para el aumento de nuestra religión muy bien, pues esperamos que dentro de poco aquellos sanguinarios sacrificios se quiten de en medio, abrazando los mandamientos de Cristo.

Así pasaron tranquilamente seis días, pero todos los que siguieron después fueron calamitosos, tanto que jamás sucedió mayor desdicha á ninguno del pueblo, que no sólo á ningún rey. Pues transcurridos

aquellos seis días, ya porque así sucediera, ya porque de ese modo quisiera Cortés tomar pretexto, dijo que acababa de recibir cartas del Prefecto del fuerte, que dijimos dejó en la guarnición de la colonia de Veracruz, en las cuales le comunicaba que Coalcopoc, régulo de la provincia en que Cortés había fundado la colonia con el nombre de Almería, había hecho una cosa fea y del todo intolerable. Refirió aquel Prefecto que Coalcopoc le había enviado mensajeros á decirle que el rey Coalcopoc no había ido aún á saludarle y rendirle el homenaje debido á tal Rey, como el que tienen Cortés y sus compañeros, porque tenían que pasar por tierras de enemigos suyos, de quien temían alguna molestia, y por eso pidió que el Prefecto le enviara algunos españoles de los suyos que le acompañaran en el camino y le guardaran ; pues, según decía, esperaba que los enemigos no se atreverían á maquinár nada contra él acompañándole los españo-

les. El Prefecto creyó al mensajero, y envió á Coalcopoc cuatro españoles que le acompañaran al venir á verle por tierras amigas suyas, y contrarias á Coalcopoc.

Yendo los enviados, fueron sorprendidos dentro del territorio de Coalcopoc: los salteadores mataron á dos, los otros dos escaparon traspasados de heridas. Juzgando el Prefecto que se había hecho por plan de Coalcopoc, para tomar venganza marchó allá. Tenía sólo dos caballos y algunos escopeteros, unas bombardas y gente de á pie. Se llevó consigo cincuenta de sus compañeros, aunque llamando como auxiliares á los vecinos y enemigos de Coalcopoc, y acometió á la ciudad de éste. En el ataque los coalcopocanos mataron á siete españoles y á la mayor parte de los auxiliares. Al fin fué vencida y saqueada la capital de Coalcopoc, muriendo y siendo presos muchos ciudadanos. Coalcopoc se libró huyendo.

2. Aprovechando Cortés esta

ocasión, determinó debilitar al infeliz Motezuma por temor de que cambiara la fortuna ó que, fastidiado de la insolencia de algunos españoles que él no podía refrenar, particularmente estando ociosos y hartos, temiendo también que la prolongada molestia del hospedaje desesperase ya á los que los hospedaban, se fué á Motezuma: díjole que le habían escrito y referido que Coalcopoc, subordinado á él, había hecho aquello contra el Prefecto del fuerte de Veracruz, no solamente con conocimiento de Motezuma, sino por su mandato. Cortés dijo que no lo había creído; pero que, sin embargo, para quitar toda sospecha del ánimo del gran Rey, á cuyos oídos fingió que había llegado la noticia, era menester que Motezuma se trasladara al palacio que habitaba el mismo Cortés, para que pueda escribir que lo tiene en su poder, aunque no quiere que se cambie nada del régimen de la ciudad y los reinos.

3. Motezuma, aunque compren-

dió que su autoridad se iba hundiendo, no obstante consintió en lo que se le pedía. Mandó que le trajeran la litera para pasar en ella. Tamaña novedad levantó rumores entre el pueblo, y comenzaron á amotinarse. Motezuma mandó dejar las armas y guardar silencio, persuadiendo á todos que lo hacía espontáneamente. Los próceres y familiares acompañaron á su señor con lágrimas en los ojos.

4. A los pocos días le pidió que hiciera venir á Coalcopoc y á los cómplices de su crimen para castigarlos, á fin de poder así justificar su inocencia (*la de Motezuma*) ante su gran Rey. Obedeció Motezuma. Llamando algunos familiares de su confianza, les entregó un sello secreto en prueba de su última voluntad, mandándoles que, llamando á los pueblos sometidos más próximos, procurasen traerle por la fuerza, si se negaba á venir. Vinieron Coalcopoc, un hijo suyo y quince de los principales. Al principio negó haber hecho aquello con

acuerdo de Motezuma. Cortés, habiendo preparado en una plaza muy espaciosa una gran hoguera, mandó quemar á Coalcopoc y á los demás, junto con el hijo, á la vista de Motezuma y de toda su populosísima ciudad, habiendo sido sentenciados por traidores. Mas ellos, cuando vieron que los llevaban al suplicio, confesaron que se lo había mandado Motezuma.





CAPITULO III

SUMARIO: 1. Motezuma preso. — 2. En busca de las minas de oro.

POR lo cual Cortés, que andaba buscando ocasión para apoderarse del imperio de Motezuma, le echó grillos, reteniéndole en su casa, y le increpó en tono amenazador. Entonces el infeliz Motezuma, abatido por tal novedad, se llenó de miedo, se acobardó, y ya no se atrevía á levantar la cabeza, ni á pedir auxilio á los suyos. Sin embargo, le soltó al punto y le afeó gravemente el hecho, y él, como un manso cordero, confesó que había merecido la pena. Parece que sufre resig-

nado estas reglas, más duras que las de la gramática que se dictan á niños imberbes: todo lo soporta tranquilo para que no se alboroten los ciudadanos y los próceres. Cualquiera yugo le parecía más suave que las alteraciones de su gente, como si se rigiera por el ejemplo de Diocleciano, que mejor quiso tomar veneno que volver á coger las riendas del Imperio que había dejado.

Después Cortés habló á Motezuma, diciéndole que esperaba guardaría la fidelidad que había prometido, respecto de obediencia y demás pactos hechos en nombre del gran Rey de España, y que por eso, como cumpla su voluntad, puede si quiere volverse al palacio en que antes brillaba como rey. Cortés se lo ofreció, y él lo rehusó diciendo que no podía menos de verse estimulado por sus próceres y atormentado de mil molestias, que estaban en disposición de promover tumultos, y que conocía les rechinaban los dientes porque había recibido á Cortés y á su gente, en

particular con aquella caterva de oficiales enemigos. Declaró que vivía con los nuestros más tranquilo y más seguro que no en medio de semejante torbellino de los suyos. Sin embargo, salía alguna vez á pasear á los palacios maravillosos de recreo que había construído, de los cuales hablaremos más extensamente abajo. De este modo vivieron mucho tiempo bajo un mismo techo uno y otro: Cortés recibido como huésped, y Motezuma que lo recibió; pero ahora era al revés.

Siempre que por la tarde volvía, no se dirigía al palacio antiguo, que era el mayor y su morada, sino al de Cortés. Cuando bajaba de la litera, hacía regalos juntamente á todos sus acompañantes, y á los españoles, y gustaba del trato de éstos, á los que llamaba y hablaba con rostro placentero y palabras dulces.

2. Estando así las cosas, Cortés le pidió á Motezuma le enseñara dónde estaban las minas de donde él

y sus antepasados sacaban el oro. Motezuma dijo que le agradaba, y sin tardanza mandó llamar á los más expertos y aventajados en aquel arte. Fueron enviados varios por varias partes, con españoles designados por Cortés para que le contasen lo que vieran. Los primeros fueron enviados á las minas de la provincia llamada Zuzulla, que dista ochenta leguas de la corte Tenustitana; recogieron oro sin trabajo de tres ríos, pues los españoles no llevaron consigo instrumentos aptos para limpiarlo, y los indígenas no hacen tanta estima del oro que procuren buscarlo de otro modo que escogiendo los granos mayores de oro, de entre los menuditos, en la arena que sacan. La tierra que media en el espacio de (*las ochenta*) leguas dicen que está llena de poblaciones magníficas.

A otros los envió á la región llamada Tamaculapa, cuyos habitantes son más ricos, y van mejor vestidos que los zuzulanos, por tener una tierra mas fértil. Destinó

dos á otra llamada Malinaltepec, que está más cerca del mar y dista sesenta leguas de la corte lacustre: allí sacaron oro de un río grande. Otros fueron á una región montañosa llamada Tennis. Aquí hay guerreros feroces: tienen picas de treinta palmos aptas para pelear. Su régulo, que se llama Coatelimac, es inmune de las leyes de Motezuma, y dijo que los españoles podían pisar su territorio, pero los motezumanos de modo ninguno.

Así es que Coatelimac recibió placentero á los españoles, y les dió de comer muy bien. Esta región Tennis es notable por ocho ríos que todos crían oro. Este cacique envió á Cortés mensajeros, ofreciéndose él y todas sus cosas. Otros fueron destinados á la provincia que se llama Tachintebec: en ésta encontraron dos ríos que crían oro, y una región á propósito para fundar una colonia.





CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Motezuma levanta una factoría á ruego de Cortés, y facilita un puerto.—2. Ofrecimientos del cacique de Guazacalco.—3. Sublevación de Catamazín.

CUANDO se hubo enterado Cortés de la bondad de esta tierra de Tachintebec, pidió á Motezuma que en nombre de nuestro gran Rey erigiera allí una casa en la cual se refugiaran los que fueran á recoger oro. Parecióle bien, y mandó á los arquitectos reales que estuvieran dispuestos. Fué tanta la diligencia de sus ministros, que en el espacio de apenas dos meses levantaron un palacio capaz de cualquier gran príncipe, y para toda su real familia, de modo que nada les faltara. Al mismo tiempo que edi-

ficaban la casa, sembraron en un momento muchísimos celemines de granos de maíz, con que hacen el pan, y muchos fréjoles y varios géneros de legumbres, y dos mil árboles de los que crían la almendra monetaria (*cacao*), de los cuales en otra parte hemos hablado más largamente. Por desvarío tendrán los hombres de menguado ingenio eso de que se coja de los árboles moneda.

Fuera del edificio mayor levantaron otros tres destinados á los servicios del palacio, y grandes estanques de agua dulce, donde se cría abundancia de peces y aves acuáticas, ánades en particular, que de una vez mandó echar quinientas por que les sirven más por las plumas, con que hacen muchas clases de velos desplumándolas todos los años al entrar la primavera. Añadió también mil quinientas gallinas, que son mayores que nuestros pavos y no menos buenas, como otra vez lo dije, para que las comieran entonces, y para que cria-

ran en adelante. Además, todos los instrumentos que se emplean en el cultivo de los campos y en las faenas rústicas.

Escribe Cortés que aquel palacio en tan breve tiempo construído, si se pudiera vender, valdría más de veinte mil castellanos de oro, y que en España no hay ninguno como él. Lo que me dicen eso digo.

Preguntado después Motezuma dónde habría un puerto bueno para nuestras naves, respondió que no lo sabía, porque nunca había tenido cuidado de cosas de mar; pero que le daría dibujada toda la costa para que él escogiera sitio á su gusto, y envió con españoles algunos maestros conocedores de aquella costa : recorrieron varias partes.

2. En la provincia de Guazacalco, cuyo cacique es enemigo de Motezuma, aquél admitió á los españoles, pero no á los motezumanos; dijo que había oído hablar de la excelencia y valor guerrero de los nuestros desde que sojuzgaron á los de Potenchian, y que desde en-

tonces estaba deseando la amistad de los nuestros ; dijo que les deseaba feliz venida , y les mostró la gran desembocadura de un río que dicen es profundo , y por tanto capaz de grandes embarcaciones.

Allí se comenzó á erigir una colonia á ruego del cacique, que hizo construir á sus subordinados seis casas al estilo de aquel país, prometiendo más si era menester, é invitó á los españoles á que se quedaran allí siempre si querían establecerse en su territorio, y aun dentro de la ciudad si lo preferían. En señal de su anhelada amistad envió á Cortés regalos, aunque no magníficos, y mensajeros que le ofrecieran homenaje. Volvamos á los asuntos de Motezuma.

3. Detenido Motezuma ó, por hablar con más verdad, reducido á decorosa servidumbre, Catamazín, súbdito y pariente de Motezuma, dueño de la provincia Hacoluacana, cuya capital es Tescuco, se emancipó, declarando que desde entonces no obedecería ni á Cortés ni á Mote-

zuma, y se levantó soberbiamente contra los dos. Este domina en cuatro ciudades, por lo cual se llama Nahautechal, porque *nahau* es cuatro y *tecal* señor, aunque bajo el mando de Motezuma, como Vuestra Beatitud sabe que sucede en nuestros reinos de Europa: en Alemania bajo los emperadores, en España y en Francia bajo los reyes hay potentados, aunque sometidos á los césares y reyes con los territorios en que mandan.

La principal de aquellas ciudades, llamada Tescuco, dicen que tiene treinta mil casas, y que es notable por sus egregias murallas, sus magníficos templos y edificios. Las otras dicen que son de tres mil y cuatro mil hogares, con villas, pueblos y aldeas ricas y dotadas de fértil suelo.

Cuando los mensajeros le invitaban á la paz en nombre de Cortés, respondió con altanería: «¡Y qué! ¿pensáis que nosotros somos tan cobardes que nos queramos semeter á unos advenedizos como vosotros?»

Y acusó seriamente al rey Motezuma porque se había entregado tan cobardemente en poder de los nuestros; dijo que si iban sabrían quién era él, y agitando los brazos añadió: «Que vengan cuando quieran.»





CAPITULO V

SUMARIO : 1. Motezuma se encarga de someter á Catamazín. — 2. Autoriza una derrama propuesta por Cortés. — 3. Productos de ella.

CUANDO le contaron esto á Cortés, deseaba atacar á Catamazín ; pero Motezuma le aconsejó que no lo hiciera. Que sobrevendría una catástrofe si aquel rey venía á las manos, por ser Catamazín poderoso y señor de egregios guerreros, y que la victoria sería dudosa y, si venciese, sangrienta. Opinaba que debía echarse mano de astucia y ardides. Dijo que le dejaran á él esta empresa, que él le bajaría los humos fácilmente á Catamazín, que quería reprimir su temeraria insolencia, lla-

mando á sus nobles caudillos asalarados.

Estos caudillos tenían intimidación bajo Motezuma con Catamazín y sus familiares, y sobornando á éstos, mandó procurasen prender á Catamazín y presentárselo á la fuerza, y, si vieran que era menester, le matasen. Hay muchos rodeos, es larga la historia; basta saber cómo se llevó á cabo. Los caudillos pusieron por obra fácilmente lo que les había mandado su señor, se apoderaron de noche de Catamazín, que estaba descuidado y sin temor ninguno; con lanchas lo llevaron de su propia casa, que está en la orilla del lago salado, á la corte lacustre tenustitana: se lo entregó á Cortés, y aprisionándole y poniéndole grillos, sustituyó en el reino á su hermano Cacuscazín, que obedecía á Motezuma. Esto deseaban los pueblos de aquellas ciudades, porque Catamacín los gobernaba con demasiada soberbia, y ni su hermano se atrevía á vivir con él porque era por demás obstinado y terco.

2. Pasados pocos días, Cortés aconsejó á Motezuma que á los próceres que, habiendo oído el discurso de su rey sobre prestar obediencia al gran Rey de las Españas, habíanse vuelto á sus tierras, se enviaran mensajeros que pidiesen á cada uno de ellos una parte de las cosas que poseyesen para enviarlas al gran Rey de las Españas, porque estaba metido en edificar cierta gran mole sin término, y en ansiedad por haber emprendido su construcción.

Accedió Motezuma á la demanda. De sus próceres, familiares y amigos, como sucede en las casas de los reyes por el trato que tienen interiormente, envió dos ó tres á cada caudillo, con los cuales mandó Cortés otros tantos españoles. Es ya tanto el miedo que tienen, que, con oír tan solamente el nombre de los españoles, ninguno sabe ni balbucir ni pensar sino de lo que se le manda.

3. Recorrieron por diversas partes cincuenta, sesenta, ochenta, ciento y más leguas, y recogieron y

trajeron muchos dones. Fué tanta la abundancia de oro, que escribe Cortés que de lo recogido la quinta partedevida al Rey ascendió á treinta y cuatro mil castellanos de oro, y ya sabe Vuestra Beatitud que un castellano excede en un cuarto al ducado.

Además del oro, que se había de fundir, trajeron muchas preciosas joyas de gran peso y valor y muy hermosamenteformadas, en lascuales el arte vencía á la materia, pues tienen habilísimos operarios de todas las artes, principalmente los que trabajan en oro y plata, lo cual de ninguna manera es desconocidode Vuestra Beatitud pues que ha visto no pocas, y alguna vez admiró su arte cuando estaba entre nosotros antes de ocupar el sublime trono. También dice Cortés que trajeron una cantidad no despreciable de piedras preciosas. Pero de la plata recogida, escribe Cortésqueel quinto del Rey hizo más de cien libras octunciales, que los españoles llaman marcos.

De los muebles, tapetes, vestidos y adornos de camas refieren cosas increíbles, pero dignas de creerse cuando un hombre tal se atreve á escribirlas al César y á los senadores de nuestro colegio de Indias, añadiendo además que calla muchas cosas por no ser molesto hablando de tantas. Lo mismo dicen los que han regresado á nosotros desde allí. Las cosas que ha recibido del mismo rey Motezuma son tan admirables por su valor y arte, que juzgo debe no decirse hasta que las veamos. Vimos con Vuestra Beatitud en la célebre ciudad de Valladolid las primeras que vinieron, y que hemos descrito en la Década cuarta. Escribe que enviará muchas de ellas dentro de poco. Dicen los que vienen que aquellas primeras son muy inferiores en número, calidad y precio.

